

## VOLUMEN 23

### 1993, AÑO INTERNACIONAL DE LOS PUEBLOS INDÍGENAS

Marco temporal es este para reflexionar sobre la historia, la realidad contemporánea y el futuro de los pueblos indígenas de México y otros lugares del mundo. Con acierto, después de la conmemoración del V Centenario del Encuentro de Dos Mundos, este 1993 ha sido declarado por las Naciones Unidas Año Internacional de los Pueblos Indígenas.

Al hablar de pueblos indígenas se hace referencia a los que también se reconocen como *originarios*, es decir los que han vivido en una región determinada desde tiempo inmemorial, con anterioridad a cualquier invasión, encuentro violento o pacífico, sojuzgamiento u otra forma de presencia étnica distinta, incluyendo aquellas fruto de fusiones o mestizajes. En este sentido son descendientes de los pueblos originarios del Nuevo Mundo los cerca de cuarenta millones de seres humanos que, desde Alaska hasta la Patagonia, mantienen vivas sus tradiciones, lenguas, creencias, visiones del mundo, formas de organización social y cuanto es legado de sus correspondientes culturas. En el caso de México perduran más de cincuenta naciones indígenas que, con pleno derecho, deben reconocerse como pueblos originarios en esta vasta extensión que comprende la mayor parte de Mesoamérica y las tierras nortteñas llamadas por algunos Árida América. Más de diez millones de personas, que mantienen aquí vivas sus lenguas son presencia viviente de los pueblos originarios de México.

En su historia de milenios, anterior al encuentro con quienes vinieron de más allá de las aguas inmensas, hay capítulos de grandeza extraordinaria. Bastará con recordar el desarrollo de la agricultura en Mesoamérica desde hace más de siete milenios y el nacimiento de la cultura olmeca, arranque de la civilización mesoamericana, cerca de dos mil años antes de Cristo. Nuevo capítulo lo integra la magnificencia del periodo clásico con sus grandes ciudades, templos, palacios, pinturas murales y esculturas, así como con inscripciones en piedra, en barro y en sus libros o códices. A ese esplendor de los mayas, teotihuacanos, zapotecas

y otros muchos, siguió luego el periodo postclásico en el que hubo también florecimientos como el de los toltecas, los mixtecas y finalmente los mexicas. Estos últimos, en menos de dos siglos, forjaron un estado poderoso que difundió su visión del mundo, sus creencias y su lengua en muchos lugares de Mesoamérica.

Los hallazgos arqueológicos, los códices y los numerosos textos en lenguas indígenas que se conservan permiten acercarnos a esa larga etapa de florecimiento autónomo de los pueblos originarios de México. Todo cambió para ellos a partir del encuentro o choque con los invasores procedentes de lo que hoy llamamos el Viejo Mundo. Dramática fue la confrontación con hombres dueños de armas y otros recursos técnicos que les permitieron imponerse sobre los mesoamericanos. Como se lee en un viejo cantar en náhuatl, la herencia de éstos "fue una red hecha de agujeros". Tres siglos del periodo colonial y cerca de dos de vida independiente han sido tiempo de sufrimiento, sujeción y penuria para los pueblos originarios. Apenas hace unos cuantos años se reconoció al reformarse el artículo 4º de la Constitución mexicana el carácter pluriétnico y multilingüístico de nuestro país. Dicho reconocimiento, aunque tardío, traslada al marco jurídico la conciencia de una realidad insoslayable. Si algo hay que celebrar a quinientos un años del Encuentro de Dos Mundos es precisamente la presencia de millones de mujeres y hombres que mantienen vivas sus lenguas, así como muchos rasgos de sus antiguas formas de cultura.

Entre los cerca de cincuenta grupos o naciones indígenas que perduran en México, hay algunos que, desde las últimas décadas, han iniciado la creación de nueva literatura. Cierto es que nunca se habían perdido los recuerdos, relatos, tradiciones, cantares que de un modo o de otro se conservaban en el corazón de la comunidad. Pero, como lo muestran entre otras las numerosas producciones literarias en lengua indígena, de autores cuyos nombres y biografías bien conocemos, y que se han incluido en *Estudios de Cultura Náhuatl*, florece ahora una Nueva Palabra. Y, así como surge y se difunde ésta en náhuatl cada vez con mayor amplitud, también ello ocurre en otras lenguas de Mesoamérica, entre ellas el maya, zapoteca, mixteca, otomí, tzeltal y tzotzil, para sólo citar algunas.

En la actualidad se disfrutan y estudian no ya sólo en México sino en otros lugares del mundo los más sobresalientes testimonios de la Antigua Palabra. Me refiero a los textos que, a partir de tempranas lecturas de algunos antiguos códices y asimismo con apoyo en la oralidad, se transcribieron valiéndose ya del alfabeto. Muchos de esos textos han sido objeto del análisis y traducción de filólogos, historiadores y hu-

manistas. Entre estos últimos, sobresale la figura de Ángel María Garibay K. (1892-1967), que hizo magna aportación en su ya clásica *Historia de la literatura náhuatl*.

Es de interés mencionar que en este Año Internacional de los Pueblos Indígenas se ha creado el "Programa de Lenguas y Literaturas Indígenas". La concepción y organización de este Programa la han tenido a su cargo la Dirección General de Culturas Populares y el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, de México. Entre los objetivos del Programa están promover la creación literaria en los idiomas vernáculos y fomentar su divulgación, tanto entre las respectivas comunidades indígenas como en el seno de la nación y aún de fuera de ella.

Para encaminar este Programa se ha integrado un Comité Asesor del que forman parte el doctor Jacinto Arias (tzotzil), el doctor Ramón Arzapalo (maya), los maestros Víctor de la Cruz y Andrés Henestrosa (zapotecos), Rigoberta Menchú Tum, Premio Nobel de la Paz, 1992 (quiché), Miguel León-Portilla y Luis Reyes García (náhuatl), Irenero Rojas Hernández (purépecha), así como el maestro Carlos Montemayor.

La Comisión Consultiva del Programa de Lenguas y Literaturas Indígenas la componen el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CISINA), la Dirección General de Educación Indígena, el Instituto Nacional Indigenista, la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad Nacional Autónoma de México.

Del trabajo, que deseamos sea fecundo, de proyectos y programas como éste, dependerá que el Año Internacional de los Pueblos Indígenas deje huella y frutos de recordación perdurable. México y otros muchos países de América Latina, en los que se deja sentir vigorosa la presencia de los descendientes de los antiguos pueblos originarios, serán más ricos con la aportación vigorosa de quienes mantienen vivas sus lenguas y tradiciones diferentes. De primordial importancia es apoyar a estos pueblos que luchan porque se les haga justicia y se les remuevan los innumerables obstáculos y vejaciones que han impedido el florecer de sus rostros y corazones. Sacrificar identidades en las que perviven semillas de nueva creatividad es lesionar no sólo a los pueblos indígenas sino a la concepción misma de los derechos humanos y a la integridad de las naciones americanas, que de tantas formas han pugnado por su independencia y un justo trato en lo económico, social y político, en el contexto más amplio de los países del mundo.

